

JOSE ANTONIO GARCIA-NOBLEJAS

Desgraciadamente nos estamos acostumbrando a la desaparición —lento goteo— de muchos de nuestros mejores hombres. Primero fue España la que enfermó. Ahora comenzamos a padecer la pérdida cruel de sus servidores más esforzados y conscientes. En esta ocasión es José Antonio García-Noblejas quien se nos ha ido, y por más que creo —con los profesores Gibert y D'Ors— más en las estirpes que en las generaciones, no puedo por menos que reconocer cómo en la generación de José Antonio García-Noblejas ha encontrado la estirpe del pensamiento tradicional uno de sus más sólidos baluartes.

Es difícil para mí evocar en toda su extensión y hondura la personalidad del amigo fallecido. Pero aun a riesgo de olvidar facetas o preterir dimensiones, no quiero dejar de dedicarle estas líneas. En su funeral el celebrante renunció a hacer su elogio fúnebre y bellamente prefirió situarnos en el corazón del entendimiento cristiano de la muerte. Para un cristiano lo importante son los sufragos por las almas. Sin desconocer tan fundadas razones, creo que para sus amigos, más aún, para sus amigos que compartimos con él las batallas de la inteligencia, es obligado también recordar sus obras. Que nos sirvan de consuelo y acicate.

José Antonio García-Noblejas vivió toda su vida consagrado a la profesión notarial. Incluso podría decirse que el notariado significó mucho más que un mero ejercicio profesional. Había algo de notario rezumando en su personalidad y, sin duda, que muchas de sus virtudes se forjaron y acrisolaron en ese quehacer de justicia y confianza. Pero José Antonio fue, sobre todo, un hombre poseído por la pasión de España. Esta pasión le condujo a numerosas empresas y le situó en no menos abundantes combates. Por ella salió de la esfera meramente privada, desbordándose hacia el servicio público: así, fue Gobernador Civil de Castellón y Director General de Archivos y Bibliotecas. Y en ella encontró su vocación por el estudio un campo de acción privilegiado, especialmente en la historia, de la que fue cultiva-

dor apasionado y no meramente curioso, haciendo buena la ironía de Radaelis cuando afirmaba que la historia sirve a los hombres para dos cosas: para entretenerlos o para que hagan política. José Antonio nunca buscó sólo entretenimiento en su labor de historiador, sino que, por el contrario, pretendió hacer de la misma un banco de pruebas de sus inquietudes y anhelos. Académico correspondiente de la Real de la Historia, fue autor de notables ensayos como *Manzanares y la Guerra de la Independencia*, y últimamente recopilaba una documentación abundante y exhaustiva sobre Paracuellos del Jarama. En esas dos obras brillan, respectivamente, dos aspectos muy destacados de su pasión de España, unidos ambos en una intención piadosa y amorosa: por un lado, la permanente dedicación a los temas locales de su Mancha querida (fue numerario del Instituto de Estudios Manchegos y presidente de la Comisión Provincial de Monumentos de Ciudad Real); por el otro, el incansable esfuerzo por enaltecer a los mártires de nuestra Cruzada de 1936 en todo tiempo (no en vano fue uno de los promotores de «Hispania Martyr» y de la «Hermandad de Nuestra Señora de los Mártires de Paracuellos del Jarama»).

Pero no quiero dejar de referirme a otro aspecto también relevante de su personalidad y enmarcado igualmente en ese entendimiento de la *pietas* que hoy, desgraciadamente, brilla por su ausencia y que inundaba sus acciones y sus palabras. Su preocupación por los problemas de la Iglesia, a la que sirvió con perseverancia hasta el fin, a pesar de los pesares de que está preñada tal tarea en nuestra época. Católico íntegro, fue siempre fiel a la consigna de San Vicente de Paúl: «No estiméis jamás las dificultades de una empresa, sino preguntaros si ella está en la voluntad de Dios, y si lo juzgais así, emprendedla». Precisamente, esta frase es la que figuró —quizás incluso por su propia inspiración— en la cabecera del número primero de la segunda época de la revista *¿Qué pasa?*, que tanto debió a la generosidad y abnegación de José Antonio. Presidente de la Junta de Fundadores, fue uno de sus más espléndidos mecenas a la par que uno de sus colaboradores más brillantes. Junto con el director de esta segunda época, el también desaparecido Guillermo de Reyna, y el siempre sabio y eficaz Antonio Pastor, constituyó un equipo que reanudó la ejecutoria de la publicación que más duramente combatió el progresismo religioso durante la década de los setenta. Tengo para mí, y lo he dicho muchas veces, que en el viejo *¿Qué pasa?* de Joaquín Pérez Madrigal, prolongado brillantemente por José Antonio García-No-

blejas, Guillermo de Reyna y Antonio Pastor, hay un acervo fundamental para quien quiera entender la crisis religiosa de España. En este sentido, la *Historia del progresismo en España*, cuya realización sería tan conveniente —y que estarían llamados a escribir los queridos Eulogio Ramírez o Francisco José Fernández de la Cigüña, a quienes vuelvo a requerir para ello desde estas páginas siempre acogedoras—, tendría en aquella combativa revista una fuente de primer orden. Desgraciadamente la segunda época tuvo una duración escasa y, a pesar de que siempre conservó José Antonio el desco de su continuación, finalmente no apareció más. En los años posteriores, y hasta hoy, el espíritu de la publicación se ha refugiado en una agradable y provechosa tertulia en la que durante los últimos ocho años he tenido la oportunidad de admirar más, cada semana, la categoría personal e intelectual de José Antonio García-Noblejas, siempre impulsando proyectos, siempre aportando información, siempre con un voluminoso manojo de sobres con revistas variadísimas y documentación de todo el mundo para repartir entre los contertulios de acuerdo con las afinidades y conocimientos de cada uno.

En esta casa que es *Verbo*, José Antonio fue amigo constante aunque sólo nos visitó ocasionalmente. Da igual; nosotros siempre entendimos que nuestra misión era favorecer todas las obras culturales y políticas que laborasen por el orden natural y cristiano. Por eso, siempre fue apreciado y su colaboración aceptada gustosamente. Sólo en dos ocasiones asomó su pluma en nuestra revista, pero su consejo siempre nos acompañó y de su amistad y aliento nunca nos cupo duda. Algunos de sus hijos, incluso, fueron más asiduos a nuestras reuniones, haciéndonos presente. Reciban, con toda su familia, nuestro pésame.

MIGUEL AYUSO